



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

A LOS FAMILIARES DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN EN EL PUERTO DE BEIRUT (LÍBANO, 2020)

Sala del Consistorio

Lunes, 26 de agosto de 2024

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas

Me encuentro con emoción con ustedes, familiares de las víctimas de la explosión en el puerto de Beirut ocurrida hace cuatro años. He rezado mucho por ustedes y por sus seres queridos, y sigo rezando, uniendo mis lágrimas a las de ustedes. Hoy doy gracias a Dios por poder conocerlos, por expresarles mi cercanía en persona.

Con ustedes recuerdo a todos aquellos cuyas vidas fueron arrebatadas por aquella terrible explosión. El Padre del Cielo conoce sus rostros, uno a uno, están ante Él; pienso en la carita de la pequeña Alexandra. Desde el Cielo ven sus angustias y rezan para que terminen.

Con ustedes pido la verdad y la justicia, que no han llegado: verdad y justicia. Todos sabemos que el asunto es complicado y espinoso, y que pesan sobre él poderes e intereses contrapuestos. Pero la verdad y la justicia deben prevalecer por encima de todo. Han pasado cuatro años; el pueblo libanés, y usted en primer lugar, tiene derecho a palabras y hechos que demuestren responsabilidad y transparencia.

Con ustedes siento el dolor de seguir viendo, cada día, morir a tantos inocentes, a causa de la guerra en su región, en Palestina, en Israel, y el Líbano paga el precio. Cada guerra deja al mundo peor de lo que lo encontró. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal. (cf. Carta encíclica, *Fratelli tutti*, 261).

Con ustedes imploro desde el Cielo la paz que los seres humanos luchan por construir en la tierra. Se la imploro por Oriente Próximo y por el Líbano. El Líbano es, y debe seguir siendo, un proyecto de paz. No olvidemos lo que dijo un Papa: «El Líbano es un mensaje, y este mensaje es un proyecto de paz» (cf. San Juan Pablo II, *Messaggio a tutti i Vescovi della Chiesa Cattolica sulla situazione nel Libano*, 7 de septiembre de 1989). La vocación del Líbano es ser una tierra en la que convivan comunidades diversas anteponiendo el bien común a las ventajas particulares, en la que las diferentes religiones y confesiones se encuentren en fraternidad.

Hermanas y hermanos, quisiera que cada uno de ustedes sintiera, junto con mi afecto, el de toda la Iglesia. Sentimos y pensamos en el Líbano un país atormentado. Sé que sus pastores, religiosos y religiosas están cerca de ustedes: les agradezco de corazón lo que han hecho y siguen haciendo. No están solos y no les dejaremos solos, sino que seguiremos siendo solidarios con ustedes a través de la oración y la caridad concreta.

Queridos amigos, les doy las gracias por haber venido. En ustedes veo la dignidad de la fe, la nobleza de la esperanza. Como la dignidad y la nobleza del cedro, símbolo de su país. Los cedros nos invitan a levantar la mirada, al Cielo: en Dios está nuestra esperanza, la esperanza que no defrauda. ¡Nuestra esperanza no defrauda! Que la Virgen María, desde su Santuario de Harissa, vele siempre por ustedes y por el pueblo libanés. Los bendigo de todo corazón. Los llevo en mis oraciones y también les pido que recen por mí. Gracias.

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 26 de agosto de 2024